

IBIB. HP
Impresa

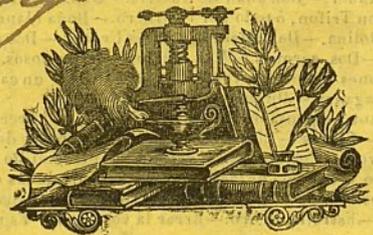
Teo 1-177-13

GALERIA DRAMATICA.

**COLECCION
DE LAS MEJORES OBRAS
DEL TEATRO
ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL
Y DEL ESTRANJERO.**

POR
LOS PRINCIPALES AUTORES.

El Niño Proveedor



Madrid:
LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

2.º apte.
Ayuntamiento de Madrid

El trovador

Taburetes y vilador y tres vasos
de esmalte

Ap. con Sr. Vurnos y Povedano y Vico

Sra. Gans, Cuervo y Sr. Carrillo a la mutua

Sr. Farro

Pa. 50.

Munio

Pa. 50.

ador

Mesa silla taburetes y escribania

Ap. Cuervo y Munio

Povedano

Pa. 50.

Genaro

Pa. 50.

al primer silbo salen tres compañías

mutua religiosa en el convento de monagiles
con 10 sacos de cera campana tocan
Sr. Gans y Sr. Carrillo a unidos
y luego

Sr. Farro y Valdivia

Pa. 50.

canto

ya.

Mr. Varro y Povedano — D^o.

Mr. Jaño y Sr. Carrillo — ya.

acto 3^o.

Ap^{ca} Sr^a Cruz y Sr. Farro —

Valdivia — si D^o.

ala mutacion

Sr^a Jaño ya

acto 4^o.

canto dentro D^o y Sr. Farro

ala mutacion

Ap^{ca} Valdivia y Sr. Guillen a la ya

Sr^a Jaño y Sr. Farro ya

Resplandor Det^o campana tambor
y clarin y Sr. Illinos y Cuervo
Valdivia y todos.

acto 5^o.

Ap^{ca} Sr. Illinos y Cuervo Sr^o y Soldados
estandarte

Clarín D. y Pardo y Sal Povedano

Pardo aporo y Sal Povedano Sr. Cruz
y cuatro soldados. D.

Sr. Yanes D. y Valdivia 7a.

Sr. Jairo _____ 7a.

Valdivia _____ D.

Clarín - dos vos obrè

act. 60.

ep. Valdivia con pomo y Sr. Jairo en
cadena

dentro voz

Canta cubro Ye. Sa. y repito

Janea sillones y modo dos uemp.

ep. Suvo y Munday. Ye

Sr. Genaro _____ D.

D. Sa. Ayuntamiento de Madrid

banquillo. ^{trampora, capa negra}
Acto 6º

Ira Cruz en la camilla y Farro

La La

Replandor 1º y Salin guardia
y Munay — 2º

CATALOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERIA,
publicadas hasta 1.º de Setiembre de 1849.

Abadia de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando.—Accion de Villalar.—Adel el Zegri.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo.—Alberoni.—Alcalde Ronquillo.—Al Cesar lo que es del Cesar.—A lo hecho pecho.—Alfonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Amantes de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor venga sus agravios.—Amorios de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Aptosis de Calderon.—A rio revuelto.—Arte de conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Blomberg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Blanco de Burbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de Doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey Don Sancho.—Cada cual con su razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Caligula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—Casada, virgen y martir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cástate por interes.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegucecita.—Celos.—Celos infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Cobradores del banco.—Coja y el encojido.—Colegiales de Saint-Cyr.—Colon y el judío errante.—Comites del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde Don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, primera parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de Don Juan II.—Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz de oro.—Cuándo se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desconfiado.—Desengaño en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los eria y ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de Molina.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunanos.—Dumont y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.

Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El que se casa por todo pasa.—Elvira de Albornoza.—Ella es.—Ella es él.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Escalera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidez y ambicion.—Escornulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fanático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairena.—Fernan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvios.—Flaquezas ministeriales.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Garcilaso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillermo Colman.—Guillermo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Honra y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.

Imprenta Nueva

EL TROVADOR.

Tea 1-177-13a

DRAMA CABALLERESCO

EN CINCO JORNADAS EN PROSA Y VERSO.

Su autor

Don Antonio García Gutiérrez.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Enero de 1845.

PERSONAJES.

ACTORES.

DON NUÑO DE ARTAL, conde de Luna.	}	Don J. Romea.
DON MANRIQUE.		
DON GUILLEN DE SESE.	}	Don C. Latorre.
DON LOPE DE URREA.		Don F. Romea.
DOÑA LEONOR DE SESE.	}	Don P. Lopez.
DOÑA JIMENA.		Doña C. Rodriguez.
AZUCENA.	}	Doña I. Boldun.
GUZMAN.		Doña B. Lamadrid.
JIMENO.	}	Don N. Lombardia.
FERRANDO.		Don J. Fabiani.
RUIZ, criado de don Manrique.	}	Don J. Guzman.
UN SOLDADO.		Don G. Monreal.

Soldados, Sacerdotes, Religiosas.

ARAGON. Siglo XV.



Este Drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad de su Editor, quien perseguirá ante la ley al que le reimprima.



Jornada primera.

EL DUELO.

Zaragoza: sala corta en el palacio de la Aljafería.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN. JIMENO. FERRANDO. (*Sentados.*)

Jimeno. Nadie mejor que yo puede saber esa historia, como que hace muy cerca de cuarenta años que estoy al servicio de los condes de Luna.

Fer. Siempre me lo han contado de diverso modo.

Guz. Y como se abultan tanto las cosas...

Jimeno. Yo os lo contaré tal como ello pasó por los años de 1590. El conde don Lope de Artal vivía regularmente en Zaragoza, como que siempre estaba al lado de su alteza. Tenía dos niños: el uno que es don Nuño, nuestro muy querido amo, y contaba entonces seis meses poco más ó menos, y el mayor que tendría dos años, llamado don Juan. Una noche entró en la casa del conde una de esas vagamundas, una gitana con ribetes de bruja, y sin decir palabra se deslizó hacia la cámara donde dormía el mayorcito. Era ya bastante vieja...

Fer. Vieja y gitana? bruja sin duda.

Jimeno. Se sentó á su lado, y le estuvo mirando largo rato, sin apartar de él los ojos un instante; pero los criados la vieron y la arrojaron á palos. Desde aquel

dia empezó á enflaquecer el niño, á llorar continuamente; y por último, á los pocos días cayó gravemente enfermo: la picara de la bruja le había hechizado.

Guz. Diantre!

Jimeno. Y aun su aya aseguró que en el silencio de la noche había oído varias veces que andaba alguien en su habitación, y que una legión de brujas jugaban con el niño á la pelota, sacudiéndole furiosas contra la pared.

Fer. Qué horror! Yo me hubiera muerto de miedo.

Jimeno. Todo esto alarmó al conde, y tomó sus medidas para pillar á la gitana: cayó efectivamente en el garlito, y al otro día fue quemada públicamente para escarmiento de viejas.

Guz. Cuánto me alegro! Y el chico?

Jimeno. Empezó á engordar inmediatamente.

Fer. Eso era natural.

Jimeno. Y á guiarse por mis consejos hubiera sido también tostada la hija, la hija de la hechicera.

Fer. Pues por supuesto...! Dime con quien andas...

Jimeno. No quisieron entenderme, y bien pronto tuvieron lugar de arrepentirse.

Guz. Cómo!

Jimeno. Desapareció el niño, que estaba ya tan rollizo que daba gusto verle; se le buscó por todas partes: y ¿sabeis lo que se encontró? una hoguera recién apagada en el sitio donde murió la hechicera, y el esqueleto achicharrado del niño.

Fer. Cáspita! y no la atenacearon?

Jimeno. Buenas ganas teníamos todos de verla arder por vía de ensayo para el infierno; pero no pudimos atraparla, y sin embargo, si la viese ahora...

Guz. La conoceriais?

Jimeno. A pesar de los años que han pasado, sin duda.

Fer. Pero también apostaría yo cien florines á que el alma de su madre está ardiendo ahora en las parrillas de Satanás.

Guz. Se entiende.

Jimeno. Pues... mis dudas tengo yo en cuanto á eso.

Guz. Qué decis?

Jimeno. Desde el suceso que acabo de contaros no ha

dejado de haber lances diabólicos... yo diría que el alma de la gitana tiene demasiado que hacer para irse tan pronto al infierno.

Fer. Jum...! jum...!

Jimeno. He dicho algo?

Fer. Preguntádmelo á mí.

Guz. La habeis visto?

Fer. Mas de una vez.

Guz. A la gitana...?

Fer. No, qué disparate! no... al alma de la gitana: unas veces bajo la figura de un cuervo negro; de noche regularmente en buho. Ultimamente, noches pasadas se transformó en lechuza.

Guz. Cáspita...!

Jimeno. Adelante.

Fer. Y se entró en mi cuarto á sorberse el aceite de mi lámpara: yo empecé á rezar un *Padre nuestro* en voz baja... ni por esas: apagó la luz y me empezó á mirar con unos ojos tan relucientes! se me erizó el cabello: tenía un no sé qué de diabólico y de infernal aquel espantoso animalejo! Ultimamente, empezó á revolotear por la alcoba... yo sentí en mi boca el frío beso de un labio inmundo, di un grito de terror exclamando: *Jesus!* y la bruja espantada lanzó un prolongado chillido precipitándose furiosa por la ventana.

Guz. Me contais cosas estupendas! y en pago del buen rato que me habeis hecho pasar, voy á contaros otras no menos raras y curiosas, pero que tienen la ventaja de ser mas recientes.

Fer. Cómo!

Guz. Se entiende que nada de esto debe traslucirse, porque es una cosa que solo á mí, á mí particularmente se me ha confiado.

Jimeno. Pero de quién?

Guz. De otro modo me mataria el conde.

Fer. y *Jimeno.* El conde!

Guz. Pero todo ello no es nada, nada, travesuras de la juventud. No sabeis que está perdidamente enamorado de doña Leonor de Sese?

Jimeno. La hermana de don Guillen, de ese hidalgo orgulloso...

Fer. La mas hermosa dama del servicio de la reina.

Guz. Seguro.

Fer. Y que está tan enamorada de aquel trovador que en tiempos de antaño venia á quitarnos el sueño por la noche con su cántico sempiterno.

Guz. Y que viene todavía.

Jimeno. Cómo! pues no dicen que está con el conde de Urgel, que en mal hora naciera, ayudándole á conquistar la corona de Aragon?

Guz. Pues á pesar de eso...

Fer. Atreverse á galantear á una de las primeras damas de su alteza. Un hombre sin solar, digo, que sepamos.

Jimeno. No negareis sin embargo que es un caballero valiente y galan.

Guz. Sí, eso sí... pero en cuanto á lo demas... Y luego, quién es él? dónde está el escudo de sus armas? Lo que me decia anoche el conde: «Tal vez será algun noble pobreton, algun hidalgo de gotera.»

Jimeno. Pero al cuento.

Guz. Al cuento: ya sabeis que yo gozo de la confianza del conde; anoche me dijo, estando los dos solos en su cuarto: «Escucha, Guzman, quiero que me acompañes: solo á ti me atrevo á confiar mis designios, porque siempre me has sido fiel: esta noche ha de ser fatal para mí, ó he de llegar al colmo de la felicidad suprema.» Sígueme, anadió; y atravesó con paso precipitado las galerias, instruyendome en el camino de su proyecto.

Jimeno. Y qué?

Guz. Su intento era entrar en la habitacion de Leonor, para lo cual se habia proporcionado una llave.

Jimeno. Cómo...! en palacio...! y se atrevió al fin?

Guz. Entró efectivamente; pero en el momento mismo, cuando lleno de amor y de esperanza se le figuraba que iba á tocar la felicidad suprema, un preludeo del laud del maldito trovador vino á sacarle de su delirio.

Fer. Del trovador!

Guz. Del mismo: estaba en el jardin. Allí, dijo don Nuno con un acento terrible, allí estará tambien ella; y bajó furioso la escalera. La noche era oscurisima; el

7
importuno cantor, que nunca pulsó el laud á peor tiempo, se retiró creyendo sin duda que era mi amo algun curioso escudero: á poco rato bajó la virtuosa Leonor, y equivocando á mi señor con su amante, le condujo silenciosamente á lo mas oculto del jardin. Bien pronto las atrevidas palabras del conde la hicieron conocer con quién se las habia... la luna, hasta entonces prudentemente encubierta con una nube espesísima, hizo brillar un instante el acero del celoso cantor delante del pecho de mi amo: poco duró el combate; la espada del conde cayó á los pies de su rival, y un momento despues ya no habia un alma en todo el jardin.

Jimeno. Y no os parece, como á mí, que el conde hace muy mal en esponer asi su vida? Y si llegan á saber sus altezas semejantes locuras...

Guz. Calle...! parece que se ha levantado ya...

Jimeno. Temprano para lo que ha dormido.

Fer. Los enamorados dicen que no duermen.

Guz. Vamos allá, no nos eche de menos.

Fer. Y hoy que estará de mala guisa.

Jimeno. Si, vamos.

ESCUENA II.

Cámara de doña Leonor en el palacio.

LEONOR. JIMENA. DON GUILLEN.

Gui. Mil quejas tengo que daros si oirme, hermana, quereis.

Leo. Hablar, don Guillen, podeis, que pronta estoy á escucharos. Si á hablar del conde venis que será en vano os advierto, y me enojaré por cierto si en tal tema persistis.

Gui. Poco estimais, Leonor, el brillo de vuestra cuna menospreciando al de Luna por un simple trovador. Qué visteis, hermana, en el

- para así tratarle impia?
 No supera en bizzarria
 al mas apuesto doncel?
 A caballo, en el torneo
 no admirásteis su pujanza?
 A los botes de su lanza...
- Leo.* Que cayó de un bote creo.
- Gui.* En fin, mi palabra dí
 de que suya habeis de ser,
 y cumplirla he menester.
- Leo.* Y vos disponeis de mí?
- Gui.* Ó soy ó no vuestro hermano.
- Leo.* Nunca lo fuerais por Dios,
 que me dió mi madre en vos
 en vez de amigo un tirano.
- Gui.* En fin, ya os dije mi intento:
 ved cómo se ha de cumplir.
- Leo.* No lo esperéis.
- Gui.* Ó vivir
 encerrada en un convento.
- Leo.* Lo del convento mas bien.
- Gui.* Eso tu audacia responde?
- Leo.* Que nunca seré del conde...
 nunca; lo oís, don Guillen?
- Gui.* Yo haré que mi voluntad
 se cumpla aunque os pese á vos.
- Leo.* Idos, hermano, con Dios.
- Gui.* Leonor...! á Dios os quedad.

ESCENA III.

LEONOR. JIMENA.

- Leo.* Lo oiste? Negra fortuna!
 Ya ni esperanza ninguna,
 ningun consuelo me resta.
- Jimena.* Mas por qué por el de Luna
 tanto empeño manifiesta?
- Leo.* Esa soberbia ambicion
 que le ciega y le devora
 es; triste! mi perdicion.
 Y quiere que al que me adora

arroje del corazón!
 Yo al conde no puedo amar,
 le detesto con el alma:
 él vino ¡ ay Dios! á turbar
 de mi corazón la calma
 y mi dicha á emponzoñar.
 Por qué perseguirme así?
Jimena. Desde anoche le aborrezco
 mas y mas.

Leo. Yo que creí
 que era Manrique... Ay de mí!
 todavía me estremezco.
 Por él me aborrece ya.

Jimena. Don Manrique?

Leo. Sí, Jimena.

Jimena. De vuestro amor dudará.

Leo. Celoso del conde está,
 y sin culpa me condena. *(Llora.)*

Jimena. Siempre llorando, mi amiga?
 no cesas...

Leo. Llorando, si;

yo para llorar nací;
 mi negra estrella enemiga,
 mi suerte lo quiere así.
 Despreciada, aborrecida
 del que amante idolatré,
 qué es ya para mi la vida?

Y él creyó que envilecida
 vendiera á otro amor mi fe.
 No, jamas... la pompa, el oro,
 guárdelos el conde allá;
 ven, trovador, y mi lloro
 te dirá como te adoro,
 y mi angustia te dirá.

Mírame aquí prosternada;
 ven á calmar la inquietud
 de esta muger desdichada:
 tuyo es mi amor, mi virtud...
 Me quieres mas humillada?

Jimena. Qué haces, Léonor?

Leo. Yo no sé...
 alguien viene.

Jimena. Él es, por Dios!

Y dudabas de su fé!

Leo. Jimena!

Jimena. Te estorbaré...
solos os dejo á los dos.

ESCENA IV.

LEONOR. MANRIQUE. (Rebozado.)

Manrique! eres tú?

Man. Yo, sí...

no tembleis.

Leo. No tiemblo yo;

mas si alguno entrar te vió...

Man. Nadie.

Leo. Qué buscas aqui?

qué buscas...? ah! por piedad...

Man. Os pesa de mi venida?

Leo. No, Manrique, por mi vida;

me buskais á mi, es verdad?

Sí, sí... yo apenas pudiera

tanta ventura creer;

lo ves? lloro de placer.

Man. Quién, perjura, te creyera!

Leo. Perjura?

Man. Mil veces, sí...

mas no pienses que insensato

á obligar á un pecho ingrato,

á implorarte vine aqui.

No vengo lleno de amor

cual un tiempo...

Leo. Desdichada!

Man. Temblais?

Leo. No, no tengo nada...

mas temo vuestro furor.

Quién dijo, Manrique, quién,

que yo olvidarte pudiera

infiel, y tu amor vendiera,

tu amor, que es solo mi bien!

Mis lágrimas no bastaron

á arrancar de tu razon

Man. esa funesta ilusion?
 Harto tiempo me engañaron.
 Demasiado te creí
 mientras tierna me halagabas
 y, pérfida, me engañabas.
 Qué necio, qué necio fui!
 Pero no, no impunemente
 gozarás de tu traicion...
 yo partiré el corazon
 de ese rival insolente.

Leo. Tús lágrimas! yo creer
 pudiera, Leonor, en ellas
 cuando con tiernas querellas
 á otro halagabas ayer?
 No te vi yo mismo, di!
 Si, pero juzgué engañada
 que eras tú: con voz pausada
 cantar una trova oi.

Era tu voz, tu laud,
 era el canto seductor
 de un amante trovador
 lleno de tierna inquietud.
 Turbada perdí mi calma,
 se estremeció el corazon,
 y una celeste ilusion
 me abrasó de amor el alma.

Me pareció que te via
 en la oscuridad profunda,
 que á la luna moribunda
 tu penacho descubria.
 Me figuré verte allí
 con melancólica frente
 suspirando tristemente
 tal vez, Manrique, por mí.
 No me engañaba... un temblor
 me sobrecogió un instante...
 era sin duda mi amante,
 era ¡ay Dios! mi trovador.

Man.

Si fuera verdad, mi vida
 y mil vidas que tuviera,
 angel hermoso, te diera.

Leo.

No te soy aborrecida?



Man.

Tú, Leonor? pues por quién
asi en Zaragoza entrara,
por quién la muerte arrostrara
sino por ti, por mi bien?
Aborrecerte! quién pudo
aborrecerte, Leonor?

Leo.

No dudas ya de mi amor,
Manrique?

Man.

No, ya no dudo.
Ni asi pudiera vivir:
me amas, es verdad? lo creo,
porque creerte deseo
para amarte y existir.
Porque la muerte me fuera
mas grata que tu desden.

Leo.

Trovador!

Man.

No mas; ya es bien
que parta.

Leo.

No vuelvo á verte?

Man.

Hoy no, muy tarde será.

Leo.

Tan pronto te marchas?

Man.

Hoy:

ya se sabe que aqui estoy;
buscándome estan quizá.

Leo.

Sí, vete.

Man.

Muy pronto fiel
me verás, Leonor, mi gloria,
cuando el cielo dé victoria
á las armas del de Urgel.
Retírate... viene alguno.
Es el conde!

Leo.

Vete.

Man.

Cielos!

Leo.

Mal os curásteis mis celos...
qué busca aqui este importuno?

Man.

ESCENA V.

MANRIQUE. DON NUÑO.

Man.
Nuño.

Qué hombre es este?

Guárdeos Dios

- muchos años, el de Luna.
Niño. (Pésia mi negra fortuna!)
Man. Caballero, hablo con vos;
 si porque encubierto estoy...
Niño. Si decirme algo teneis
 descubrid...
Man. Me conoceis? (*Descubriéndose.*)
Niño. Vos, Manrique!
Man. El mismo soy.
Niño. Cuando á la ley sois infiel
 y cuando proscripto estais,
 asi en palacio os entrais
 partidario del de Urgel?
Man. Debo temer por ventura,
 conde, de vos?
Niño. Un traidor...
Man. Nunca; vuestro mismo honor
 de vos mismo me asegura.
 Siempre fuisteis caballero.
Niño. Qué buscáis, Manrique, aquí?
Man. A vos, señor conde.
Niño. A mi?
 para qué saber espero.
Man. No lo adivinais?
Niño. Tal vez.
Man. Siempre enemigos lo dos
 hemos sido.
Niño. Sí, por Dios.
Man. Pensáislo con madurez.
Niño. Pienso que atrevido y necio
 anduvisteis en retar
 á quien débeos contestar
 tan solo con el desprecio.
 Qué hay de comun en los dos?
 habláis al conde de Luna,
 hidalgo de pobre cuna.
Man. Y bueno tal como vos.
 En fin, no admitis el duelo?
Niño. Y lo pudisteis pensar?
 yo hasta vos he de bajar?
Man. No me insulteis, vive el cielo,
 que si la espada desnudo

Nuño. la vil lengua os cortaré.
A mi, villano? no sé (*Saca la espada.*)
cómo en castigarte dudo.
Man. Mas tú lo quieres.

Man. Salgamos.
Nuño. Sacad el infame acero.

Man. Don Nuño, fuera os espero;
cuidad que en palacio estamos.

Nuño. Cobarde, no escucho nada.
Man. Ved, conde, que os engañais...

Vos... vos cobarde llamais
al que es dueño de esta espada?

Nuño. La mia... Y lo sufro, no...

Man. A recobradla venid.

Nuño. No, que no sois, advertid,
caballero como yo.

Man. Tal vez os equivocais.

Y habládme con mas espacio
mientras estamos en palacio.

Os aguardo.

Nuño. Dónde vais?

Man. Al campo, don Nuño, voy,
donde probaros espero

que si vos sois caballero...
caballero tambien soy.

Nuño. Os atreveis...?

Man. Sí, venid.

Nuño. Trovador, no me insulteis
si en algo el vivir teneis.

Man. Don Nuño, pronto, salid.

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.



Segunda Jornada.

EL CONVENTO.



Cámara de don Nuño.

ESCENA PRIMERA.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

Nuño. Don Guillen?

Gui. Guárdeos el cielo.

Nuño. Qué hay de nuevo en la ciudad?

Gui. Qué! aun no sabeis...?

Nuño. Asentad.

Gui. Todos lloran sin consuelo.

Nuño. Cómo!

Gui. La traicion impía
que en yermo á Aragon convierte,
dió al arzobispo la muerte.

Nuño. Qué decis? á don Garcia?

Gui. Ahora se acaba de hallar
su cadáver junto al muro,
que de la noche en lo oscuro
le debieron de matar.

Nuño. Murió como bueno y fiel...

Gui. Siempre lo fue don Garcia.

Nuño. Porque osado combatía

Nuño. la pretension del de Urgel.
Infame y cobarde accion,
que he de vengar por quien soy!

Gui. Conde...

Nuño. Sabed que desde hoy
soy justicia de Aragon;
y si mi poder alcanza
à los traidores, os juro
por mi honor, como el sol puro,
que han de sentir mi venganza.

Gui. Pero dejando esto à un lado,
que importa mas vuestra vida,
cómo os va de aquella herida?

Nuño. Me siento muy mejorado.

Gui. Ya era tiempo.

Nuño. Un año hará
que la recibí por Cristo:
muy cerca la muerte he visto,
mas bueno me siento ya.

Gui. La suerte al fin del traidor
os dió la venganza presto.

Nuño. No me hablais, Guillen, en esto;
habladme de Leonor:

que hace un año, mas de un año,
mientras me duró mi herida,
que no me hablais por mi vida
de vuestra hermana, y lo extraño.
Gui. Don Nuño...!

Nuño. Desdeque dejé
el servicio de su alteza,
de contemplar su belleza
dura tambien me privó.
Consiente al fin en unir
su suerte à la suerte mia?

Gui. Se muestra menos impía?
Conde, qué os puedo decir?

En vano fue amenazar,
y nada alcanzó mi ruego;
esposa de Dios va luego
à postrarse ante el altar.

Nuño. Encerrarse en un convento!
Eso prefiere mas bien?

- Gui.* En el de Jerusalem
va á profesar al momento.
- Nuño.* Ingrata!
- Gui.* Cuando el rumor
llegó, don Nuño, á su oído
de que había sucumbido
en Velilla el trovador,
desesperada, llorosa...
- Nuño.* Y no ha medio, don Guillen...!
- Gui.* Ninguno; ni ya está bien...!
- Nuño.* Decis que aun no es religiosa?
- Gui.* Pero lo será muy luego.
- Nuño.* Iré yo á verla, yo ire;
si es fuerza la rogaré...
- Gui.* Despreciará vuestro ruego.
- Nuño.* Tan en extremo enojada
está?
- Gui.* No sabeis, señor,
que no hay tirano mayor
como la muger rogada?
- Nuño.* Pues bien, la arrebataré
á los pies del mismo altar;
si ella no me quiere amar,
yo á amarme la obligaré.
- Gui.* Conde!
- Nuño.* Si, si... loco estoy:
no os enojeis; ni he querido
ofender...
- Gui.* Noble he nacido,
y noble, don Nuño, soy.
- Nuño.* Basta; ya sé, don Guillen,
que es ilustre vuestra cuna.
- Gui.* Y jamas mancha ninguna
la oscurecerá.
- Nuño.* Está bien: Está bien:
dejadme.
- Gui.* Quién mas que yo
este enlace estimaria?
mas si amengua mi hidalguía
no quiero tal dicha, no.
- Nuño.* Decis bien.
- Gui.* Si os ofendi...

Nuño. No; dejadme... fuera estan mis criados; á Guzman que entre direis.

Cui. Lo haré asi.

ESCENA II.

DON NUÑO. *Despues* GUZMAN.

Nuño. Gracias á Dios se fue ya, que por cierto me aburría. Qué vano con su hidalguía el buen caballero está! Que no me quiera servir será diligencia vana: ó ha de ser mia su hermana, ó por ella he de morir.

Guz. Señor?

Nuño. Cierra esa puerta.

Guz. Qué teneis que mandarme?

Nuño. Siéntate.

Guz. En vuestra presencia, señor!

Nuño. Sí; quiero darte esta prueba mas de mi aprecio: voy á encargarte de una comision arriesgada... te atreverás á hacer lo que te diga?

Guz. A todo estoy pronto.

Nuño. Piénsalo bien.

Guz. Aunque me costara la vida; podeis disponer de mí.

Nuño. Ya lo sé, Guzman; nunca has dejado de serme fiel.

Guz. Y lo seré siempre.

Nuño. Yo tambien sabré recompensarte. Bien conoces á doña Leonor de Sese, y sabes lo que por ella he padecido.

Guz. Demasiado, señor.

Nuño. Y hoy la voy á perder para siempre sino me ayuda tu arrojo. Yo debia haberla olvidado; pero mi corazon, y tal vez mi orgullo, se han resentido ya en extremo... me es imposible no amarla. Cuando murió Manrique en el ataque de Velilla creí que resignándose con su suerte, se tendria por muy dichosa en dar la mano al conde de Luna, en llevar un apellido noble y brillante: me engañé... apenas podria creerlo; ha

preferido encerrarse con su orgullo en un claustro.

Hoy mismo debe profesar en el convento de Jerusalem.

Guz. Hoy mismo!

Nuño. Si; y no quiero que este acto se verifique.

Guz. Cómo estorbarlo?

Nuño. No me comprendes?

Guz. Mandad.

Nuño. Yo te prometo que nada te sucederá: el rey acaba de hacerme justicia mayor de Aragon; de consiguiente contra tí no se hará justicia. El pueblo está consternado con la muerte violenta que han dado los rebeldes al arzobispo; el rey necesita de mí y de mis vasallos en estos momentos criticos; todo nos favorece.

Guz. Cierto.

Nuño. Cuál de mis criados te parece mas á propósito para que vaya contigo?

Guz. Ferrando.

Nuño. Dile que te acompañe: yo tambien le recompensaré.

Guz. Ois? (*Tocan á la puerta.*)

Nuño. Abre.

ESCENA III.

LOS MISMOS. DON LOPE.

Lope. Su alteza os manda llamar, conde.

Nuño. Su alteza?

Lope. Parece que está algo alborotada la ciudad con ciertas noticias que ha traído un corredor del ejército.

Nuño. Pues qué hay?

Lope. Los rebeldes han entrado á saco á Castellar; y se suena tambien que algunos de ellos se han introducido en Zaragoza, y que esta noche ha de haber revuelta.

Nuño. Imposible.

Lope. La ciudad está casi desierta; todos se han consternado; pero lo mas particular...

Nuño. Asi podrás con mas facilidad... (*Aparte á Guzman.*)

Guz. Voy.

Nuño. Escucha: supongo que no encontrarás resistencia; si la hallares haz uso de la espada.

Guz. En la misma iglesia?

Nuño. En cualquier parte.

Lope. Verdad es que en un tiempo en que se matan arzobispos...

Nuño. Me has entendido... á Dios.

ESCENA IV.

DON NUÑO. DON LOPE.

Lope. Como decia, lo que mas me ha admirado de todo ello, y lo que á vos sin duda tambien os sorprenderá, es la voz que corre de que el que acaudillaba á los rebeldes en la entrada del castillo era un difunto.

Nuño. Don Lope!

Lope. No adivináis quién sea?

Nuño. Yo... no conozco fantasmas.

Lope. Pues bien le conociais, y le odiabais muy particularmente.

Nuño. Quién?

Lope. El trovador.

Nuño. Manrique? No se encontró su cadáver en el combate de Velilla?

Lope. Asi se dijo, aunque ninguno le conocia por su persona.

Nuño. Si no era él!

Lope. No seria, ó como yo mas bien creo...

Nuño. Qué?

Lope. Debe de haber en esto algo de arte del diablo.

Nuño. Silencio! Os quereis burlar?

Lope. No, por mi vida.

Nuño. Y está en el castillo?

Lope. No, en Zaragoza.

Nuño. Aquí?

Lope. Asi lo ha dicho quien le vió á la madrugada cerca de la Puerta del Sol.

Nuño. Y él será tal vez el caudillo de la trama...

Lope. El es á lo menos el mas osado, y por consiguiente el mas á propósito...

Nuño. Pluguiera á Dios que asi fuese.

Lope. Nadie lo duda en la ciudad.

Nuño. Deciais que me llamaba su alteza?

Lope. Seguramente.

Nuño. A Dios, don Lope; esta noche los castigaremos si se atreven.

Lope. Yo lo espero...

ESCENA V.

DON LOPE.

Pues no las tengo yo todas conmigo... y si los soldados son como el caudillo... ¡pardiez! un ejército de fantasmas, una falange espiritual.

ESCENA VI.

En el fondo del teatro se verá la reja del locutorio de un convento; tres puertas, una al lado de la reja que comunica con el interior del claustro, otra á la derecha que va á la iglesia, y la otra á la izquierda que figura ser la entrada de la calle.

Se dejan ver algunas religiosas en el locutorio: la puerta que está al lado de la reja se abre, y aparece LEONOR apoyada del brazo de JIMENA: las rodean algunos sacerdotes y religiosas.

Leo. Jimena!

Jimena. Al fin abandonas á tu amiga.

Leo. Quiera el cielo hacerte á tí mas feliz, tanto como yo deseo.

Jimena. Por qué obstinarte?

Leo. Es preciso:

ya no hay en el universo nada que me haga apreciar esta vida que aborrezco. Aquí de Dios en las aras no veré, amiga, á lo menos á esos tiranos impíos

que causa de mi mal fueron.
Jimena. Ni una esperanza...

Leo. Ninguna:

él murió ya.

Jimena. Tal vez luego

se borrará de tu mente
ese recuerdo funesto.

El mal como la ventura
todo pasa con el tiempo.

Leo. Estoy resuelta; ya no hay

felicidad, ni la quiero,

en el mundo para mí:

solo morir apetezco.

Acompáñame, *Jimena.*

Jimena. Estás temblando.

Leo.

Sí, tiemblo

porque á ofender voy á Dios

con pérfido juramento.

Jimena. Qué dices?

Leo.

Ay! todavía

delante de mí le tengo,

y Dios, y el altar y el mundo

olvido cuando le veo.

Y siempre viéndole estoy

amante, dichoso y tierno...

mas no existe, es ilusion

que imagina mi deseo.

Vamos.

Jimena.

Leonor!

Leo.

Vamos pronto;

le olvidaré, lo prometo.

Dios me ayudará... sostenme,

que apenas tenerme puedo.

ESCENA VII.

Queda la escena un momento sola: salen por la izquierda DON MANRIQUE con el rostro cubierto con la celada, y

RUIZ.

Ruiz.

Este es el convento.

Man.

Sí,

- Ruiz, pero nada veo.
Si te engañaron?
No creo...
- Ruiz. Estás cierto que era aquí?
Man. Señor, muy cierto.
Man. Sin duda
tomó ya el velo.
- Ruiz. Quizá.
Man. Ya esposa de Dios será,
ya el ara santa la escuda.
Pero...
- Ruiz. Déjame, Ruiz;
Man. ya para mi no hay consuelo.
Por qué me dió vida el cielo
si ha de ser tan infeliz?
Ruiz. Mas qué causa pudo haber
para que asi consagrara
tanta hermosura en el ara?
Mucho debió padecer.
- Man. Nuevas falsas de mi muerte
en los campos de Velilla
corrieron, cuando en Castilla
estaba yo.
- Ruiz. De esa suerte...
Man. Persiguiéronla inhumanos
que envidiaban nuestro amor,
y ella busca al Redentor
huyendo de sus tiranos.
Si supiera que aun existo
para adorarla... no, no...
ya olvidarte debo yo,
esposa de Jesucristo.
Qué haceis? Callad...
- Ruiz. Loco estoy...
Man. Y cómo no estarlo ¡ay cielo!
si infelice mi consuelo
pierdo y mis delicias hoy?
No los perderé: Ruiz,
déjame.
- Ruiz. Qué vais á hacer?
Man. Pudiérala acaso ver...
con esto fuera feliz.

Ruiz. Aquí el locutorio está.
 Man. Vete.
 Ruiz. Fuera estoy.

ESCENA VIII.

MANRIQUE. *Después* GUZMAN. FERRANDO.

Man. *Manrique*
 Man. Qué haré?

turbado estoy... llamaré?
 Tal vez orando estará.

Acaso en este momento
 llora cuitada por mí:

nadie viene... por aquí...
 es la iglesia del convento.

Fer. Tarde llegamos, Guzman.

Guz. Quién es ese hombre?

Fer. No sé.

(Los religiosos cantarán dentro un responso: el canto no cesará hasta un momento después de concluida la jornada.)

Guz. Oyes el canto?

Fer. Sí á fè.

En la ceremonia estan.

Guz. Qué escucho... cielos! es ella...

Man. *(Mirando á la puerta de la iglesia.)*

Allí está bañada en llanto,

junto al altar sacrosanto,

y con su dolor mas bella.

Guz. No es esa la iglesia?

Fer. Vamos.

Man. Ya se acercan hácia aquí.

Fer. Espérate.

Guz. Vienen?

Fer. Sí.

Man. No, que no me encuentre... huyamos.

Quiere huir, pero deteniéndose de pronto se apoya vacilando en la reja del locutorio. Leonor, Jimena y el séquito salen de la iglesia y se dirigen á la puerta del claustro; pero al pasar al lado de Manrique éste alza la visera, y Leonor reconociéndole cae desmayada á

sus pies. Las religiosas aparecen en el locutorio llevando velas encendidas.)

Guz. Esta es la ocasion... valor.

Leo. Quién es aquel? mi deseo (A Jimena.)
me engaña... Sí, es él!

Jimena. Qué veo!

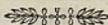
Leo. Ah! Manrique...!

Guz y Fer. El trovador! (Huyen.)

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA.



Tornada tercera.



LA GITANA.



Interior de una cabaña: Azucena estará sentada cerca de una hoguera: Manrique á su lado de pie.

ESCENA PRIMERA.

MANRIQUE. AZUCENA. (*Canta.*)

Azucena. Bramando está el pueblo indómito
de la hoguerra en derredor;
al ver ya cerca la víctima
gritos lanza de furor.

Alli viene; el rostro pálido,
sus miradas de terror,
brillan de la llama trémula
al siniestro resplandor.

Man. Qué triste es esa canción!

Azu. Tú no conoces esa historia, aunque nadie mejor
que tú pudiera saberla.

Man. Yo...?

Azu. Te separaste tan niño de mi lado, ingrato! abandonaste á tu madre por seguir á un desconocido...

Man. A don Diego de Haro, señor de Vizcaya.

Azu. Pero que no te amaba tanto como yo.

Man. Mi objeto era el de haceros feliz... las montañas de Vizcaya no podian suministrar á mi ambicion recursos

para elevarme á la altura de mis ilusiones. Seguí á don Diego hasta Zaragoza porque se decidió á protegerme; y yo decia para mí: «Algun dia sacaré á mi madre de la miseria;» pero vos no lo habeis querido.

Azu. No, yo soy feliz: yo no ambiciono alcázares dorados: tengo bastante con mi libertad y con las montañas donde vivieron siempre nuestros padres.

Man. Siempre!

Azu. Pero, hijo mio, la pobreza tiene muchos inconvenientes, y tu familia los ha experimentado muy terribles.

Man. Mi familia?

Azu. Nada me has preguntado nunca acerca de ella.

Man. No me he atrevido... no sé por qué se me ha figurado que me habiais de contar alguna cosa horrible.

Azu. Tienes razon, una cosa horrible...! Yo para recordarlo no podria menos de estremecerme... ves esa hogera? sabes tú lo que significa esa hoguera? Yo no puedo mirarla sin que se me desprege la carne de los huesos, y no puedo apartarla de mí, porque el frio de la noche hiela todo mi cuerpo.

Man. Pero por qué os habeis querido fijar en este sitio?

Azu. Porque este sitio tiene para mi recuerdos muy profundos... desde aqui se descubren los muros de Zaragoza... este era, este, el sitio donde murió.

Man. Quién, madre mia?

Azu. Es verdad, tú no lo sabes, y sin embargo era mi madre, mi pobre madre, que nunca habia hecho daño á nadie. Pero dieron en decir que era bruja...!

Man. Vuestra madre?

Azu. Sí: la acusaron de haber hecho mal de ojo al hijo de un caballero, de un conde. No hubo compasion para ella, y la condenaron á ser quemada viva.

Man. Qué horror! bárbaros... y lo consumaron?

Azu. En este mismo sitio, donde está esa hoguera.

Man. Gran Dios!

Azu. Yo la seguia de lejos, llorando mucho, como quien llora por una madre. Llevaba yo á mi hijo en los brazos, á tí; mi madre volvió tres veces la cabeza para mirarme y bendecirme. La última vez cerca del su-

plicio... allí, me miró haciendo un gesto espantoso, y con una voz ahogada y ronca me gritó: «Véngame!» Aquella palabra! no la puedo olvidar aquella palabra... se grabó en mi alma, en todos mis sentidos, y yo juré vengarla de una manera horrorosa.

Man. Sí, y la vengásteis... es verdad? Tendria un placer en saberlo. Mil crímenes, mil muertes no eran bastantes.

Azu. Pocos dias despues tuve ocasión de conseguirlo. Yo no hacia otra cosa que rodear la casa del conde que habia sido causa de la muerte de aquella desgraciada... un dia logré introducirme en ella y le arrebaté el niño, y dos minutos despues ya estaba yo en este sitio, donde tenia preparada la hoguera.

Man. Y tuvisteis valor...?

Azu. El inocente lloraba y parecia querer implorar mi compasion... Tal vez me acariciaba... Dios mio, yo no tuve valor... yo tambien era madre... (*Llorando.*)

Man. Y en fin...?

Azu. Yo no habia olvidado, sin embargo, á la infeliz que me habia dado el ser; pero los lamentos de aquella infeliz criatura me desarmaban, me rasgaban el corazon. Esta lucha era superior á mis fuerzas, y bien pronto se apoderó de mí una convulsión violenta... yo oía confusamente los chillidos del niño y aquel grito que me decia: «Véngame!» Pero de repente, y como en un sueño, se me puso delante de los ojos aquel suplicio, los soldados con sus picas, mi madre desgredada y pálida, que con paso trémulo caminaba despacio, muy despacio, hácia la muerte, y que volvia la cara para mirarme, para decirme: Véngame! Un furor desesperado se apoderó de mí, y desatentada y frenética tendí las manos buscando una víctima; la encontré, la así con una fuerza convulsiva, y la precipité entre las llamas. Sus gritos horrorosos ya no sirvieron sino para sacarme de aquel enagenamiento mortal... abrí los ojos, los tendí á todas partes... la hoguera consumia una víctima, y el hijo del conde estaba allí. (*Señalando á la izquierda.*)

Man. Desgraciada!

Azu. Habia quemado á mi hijo.

Man. Vuestro hijo! Pues quién soy yo, quién...? Todo lo veo.

Azu. Te he dicho que habia quemado á mi hijo...? no... he querido burlarme de tu ambicion... tú eres mi hijo; el del conde, sí, el del conde era el que abrazaban las llamas... no quieres tú que yo sea tu madre?

Man. Perdonad.

Azu. Ingrato! No te he prodigado una ternura sin límites?

Man. Perdonad: merezco vuestras reconvenciones. Mil veces dentro en mi corazon, os lo confieso, he deseado que no fueseis mi madre, no porque no os quiera con toda mi alma, sino porque ambiciono un nombre, un nombre que me falta. Mil veces digo para mí, si yo fuese un Lanuza, un Urrea...

Azu. Un Artal...

Man. No, un Artal no, es apellido que detesto; primero el hijo de un confeso. Pero á pesar de mi ambicion, os amo, madre mia; no... yo no quiero sino ser vuestro hijo. Qué me importa un nombre? mi corazon es tan grande como el de un rey... qué noble ha doblado nunca mi brazo?

Azu. Sí, sí; á que ambicionar mas?

Man. Aun no viene. (*Llegándose á la puerta.*)

Azu. Pero sin embargo, estás muy triste... te devora algun pesar secreto? Sientes tú haber nacido de unos padres tan humildes? No temas, yo no diré á nadie que soy tu madre, me contentaré con decírmelo á mí propia, y en vanagloriarme interiormente. Estás contento?

ESCENA II.

LOS MISMOS. RUIZ.

Man. Ahí está.

Azu. Esperabas á ese hombre?

Man. Sí, madre.

Azu. No temas, no me verá. (*Se aparta á un lado.*)

Ruiz. Estais pronto?

Man. Eres tú, Ruiz?

Ruiz. El mismo: todo está preparado.

Man. Marchemos.

ESCENA III.

AZUCENA.

Se ha ido sin decirme nada, sin mirarme siquiera. Ingrato! no parece sino que conoce mi secreto... ah! que no sepa nunca... Si yo le dijera: «Tú no eres mi hijo, tu familia lleva un nombre esclarecido, no me perteneces...» me despreciaría, y me dejaría abandonada en la vejez. Estuvo en poco que no se lo descubriera... ah! no, no lo sabrá nunca... Por qué le perdóné la vida sino para que fuera mi hijo.



ESCENA IV.

El teatro representa una celda: en el fondo á la izquierda habrá un reclinatorio, en el cual estará arrodillada

LEONOR: *se ve un crucifijo pendiente de la pared delante del reclinatorio.*

Leo. Ya el sacrificio que odié
mi labio trémulo y frío
consumó... perdon, Dios mio,
perdona si te ultrajé.
Llorar tiste y suspirar
solo puedo; ay, Señor, no...
tuya no debo ser yo,
recházame de tu altar.
Los votos que allí te hiciera
fueron votos de dolor
arrancados al temor
de una alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
eterna fé te juraba,
mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
en la imágen de un mortal.
Imágen que vive en mí
hermosa, pura y constante...
No, tu poder no es bastante
á saperarla de aquí.
Perdona, Dios de bondad,

perdona, sé que te ofendió :
 vibra tu rayo tremendo
 y confunde mi impiedad.
 Mas no puedo en mi inquietud
 arrancar del corazon
 esta violenta pasion,
 que es mayor que mi virtud.
 Tiempos en que amor solia
 colmar piadoso mi afan,
 qué os hicisteis? dónde estan
 vuestra gloria y mi alegría?
 De amor el suspiro tierno
 y aquel placer sin igual,
 tan breve para mi mal
 aunque en mi memoria eterno?
 Ya pasó... mi juventud
 los tiranos marchitaron,
 y á mi vida prepararon
 junto al ara el atahud.
 Ilusiones engañosas,
 livianas como el placer,
 no aumenteis mi padecer...
 sois por mi mal tan hermosas!

(Una voz, acompañada de un laud, canta las siguientes estrofas despues de un breve prelude: Leonor manifiesta entre tanto la mayor agitacion.)

Camina orillas del Ebro
 caballero lidiador,
 puesta en la cuja la lanza
 que mil contrarios venció.

*Despierta, Leonor,
 Leonor.*

Buscando viene anhelante
 a la prenda de su amor,
 á su pesar consagrada
 en los altares de Dios.

*Despierta, Leonor,
 Leonor.*

Leo. Sueños, dejadme gozar...

no hay duda... él es... trovador... (Viendo en-
será posible... Leonor! *trazar á Manr.*)

~~Man.~~
Leo.

Gran Dios! ya puedo espirar.

ESCENA V.

MANRIQUE. LEONOR.

~~Man.~~ Te encuentro al fin, Leonor.

Leo. Huye: qué has hecho?

~~Man.~~ Vengo á salvarte, á quebrantar osado
los grillos que te oprimen, á estrecharte
en mi seno, de amor enagenado.

Es verdad, Leonor? Dime si es cierto
que te estrecho en mis brazos, que respiras
para colmar hermosa mi esperanza,
y que extasiada de placer me miras.

Leo. Manrique!

~~Man.~~ Sí, tu amante que te adora
mas que nunca feliz.

Leo. Calla...!

~~Man.~~ No temas;
todo en silencio está como el sepulcro.

Leo. Ay! ojalá que en él feliz durmiera
antes que delincuente profanara,
torpe esposa de Dios, su santo velo.

~~Man.~~ Su esposa tú...! jamas.

Leo. Yo desdichada,
yo no ofendiera con mi llanto al cielo.

~~Man.~~ No, Leonor, tus votos indiscretos
no complacen á Dios; ellos le ultrajan.
Por qué temes? huyamos; nadie puede
separarme de tí... tiembblas...? vacilas...?

Leo. Sí; Manrique...! Manrique...! ya no puede
ser tuya esta infeliz; nunca... mi vida,
aunque llena de horror y de amargura,
ya consagrada está, y eternamente,
en las aras de un Dios omnipotente.
Peligroso mortal, no mas te goces
envenenando ufano mi existencia;

demasiado sufrí, déjame al menos
 que triste muera aquí con mi inocencia,
Man. Esto aguardaba yo! Cuando creía
 que mas que nunca enamorada y tierna
 me esperabas ansiosa, así te encuentro
 sorda á mi ruego, y á mis halagos fria.
 Y tiembles, di, de abandonar las aras
 donde tu puro afecto y tu hermosura
 sacrificaste á Dios...? Pues qué...! no fueras
 antes conmigo que con Dios perjura?
 Sí, en una noche...

Leo. Por piedad!
Man. Te acuerdas?

En una noche plácida y tranquila...
 qué recuerdo, Leonor! nunca se aparta
 de aquí, del corazón: la luna hería
 con moribunda luz tu frente hermosa,
 y de la noche el aura silenciosa
 nuestros suspiros tiernos confundía.
 «Nadie cual yo te amó,» mil y mil veces
 me dijiste falaz: «Nadie en el mundo
 como yo puede amar;» y yo insensato
 fiaba en tu promesa seductora,
 y feliz y extasiado en tu hermosura
 con mi esperanza allí me halló la aurora.
 Quimérica esperanza! quién diría
 que la que tanto amor así juraba,
 juramento y amor olvidaría!

Leo. Ten de mi compasión: si por tí tiemblo,
 por tí y por mi virtud, no es harto triunfo?
 Sí, yo te adoro aun; aquí en mi pecho,
 como un raudal de abrasadora llama
 que mi vida consume, eternos viven
 tus recuerdos de amor; aquí, y por siempre,
 por siempre aquí estarán, que en vano
 bañada en lloro, ante el altar postrada,
 mi pasión criminal lanzar del pecho.
 No encones mas mi endurecida llaga;
 si aun amas á Leonor, huye, te ruego,
 libértate de tí.

Man. Que huya me dices...!
 yo, que sé que me amas...!

Leo.

No, no creas...
no puedo amarte yo... si te lo he dicho,
si perjuro mi labio te engañaba,
lo pudiste creer...? Yo lo decia,
pero mi corazon... te idolatraba.

Man.

Encanto celestial! tanta ventura
puedo apenas creer.

Leo.

Me compadeces...?
Ese llanto, Leonor, no me lo ocultes;

Man.

deja que ansioso en mi delirio goce
un momento de amor: injusto he sido,
injusto para tí... vuelve tus ojos,
y mirame risueña y sin enojos.
Es verdad que en el mundo no hay delicia
para tí sin mi amor?

Leo.

Man.

Lo dudas...? Vamos...
pronto huyamos de aqui.

Leo.

Si ver pudieses
la lucha horrenda que mi pecho abriga!
Qué pretendes de mí? que infame, impura,
abandone el altar, y que te siga
amante tierna á mi deber perjura?
Mirame aqui á tus pies, aqui te imploro
que del seno me arranques de la dicha:
tus brazos son mi altar, seré tu esposa,
y tu esclava seré; pronto, un momento,
un momento pudiera descubrirnos,
y te perdiera entonces.

Man.

Leo.

Angel mio!
Huyamos, si... no ves alli en el claustro
una sombra...? gran Dios!

Man.

No hay nadie, nadie...
fantástica ilusion.

Leo.

Ven, no te alejes;
tengo un miedo! no, no... te han visto... vete...
pronto, vete por Dios... mira el abismo
bajo mis pies abierto: no pretendas
precipitarme en él.

Man.

Leonor, respira,
respira por piedad: yo te prometo
respetar tu virtud y tu ternura.

No alienta, sus sentidos trastornados...
 me abandonan sus brazos... no, yo siento
 su seno palpar... Leonor, ya es tiempo
 de huir de esta mansion, pero conmigo
 vendrás tambien. Mi amor, mis esperanzas,
 tú para mí eres todo, angel hermoso.
 No me juraste amarme eternamente
 por el Dios que gobierna el firmamento?
 ven á cumplirme, ven, tu juramento.

ESCENA VI.

Calle corta : á la izquierda se ve la fachada de una iglesia.

RUIZ. *Un momento despues* UN SOLDADO.

Ruiz. Es mucho tardar ! me temo que esta dilacion...
 oiga ! quién va ?

Sol. Ruiz ?

Ruiz. El mismo : ah ! eres tú ? ha llegado la gente ?

Sol. Ya está cerca del muro, pero la puerta está
 guardada.

Ruiz. Cómo ! alguno nos ha vendido tal vez ?

Sol. El rey ha salido esta noche de la ciudad.

Ruiz. Algo ha sabido.

Sol. Sin duda. Con cuántos hombres podemos contar
 dentro de la ciudad ?

Ruiz. Apenas llegan á ciento.

Sol. Bastan para atacar la puerta si nos ayudan los de
 fuera.

Ruiz. Dices bien.

Sol. Vamos.

Ruiz. (Y don Manrique ?)

Sol. Temes ?

Ruiz. Yo... ! no ; pero queda mi señor todavía en el
 convento.

Sol. Diablo ! ya... pero es cosa de un momento : un ata-
 que imprevisto por la espalda y por el frente... des-
 pues ya no corre peligro.

Ruiz. Vamos.

MANRIQUE. LEONOR.

Man. Alienta, en salvo estamos.

Leo. Ay!

Man. Ya vuelve...

Leo. Dónde estoy?

Man. En mis brazos, Leonor. *(Se oye dentro ruido lejano de armas.)*

Leo. Qué rumor es ese...?

Man. Cielos...! tal vez...

Leo. Adónde me llevas? Suéltame por Dios... no ves que te pierdes?

Man. Qué me importa, sino te pierdo á tí?

Leo. Pero qué significa ese ruido?

Man. No es nada, nada.

Leo. Ese resplandor... esas luces que se divisan á lo lejos...

Man. Es verdad, pero no temas, estoy á tu lado...

Leo. No oyes estruendo de armas?

Man. Sí, confusamente se percibe.

Leo. Si vienen en nuestra busca?

Man. No puede ser.

Leo. Pero esos hombres que se acercan... he distinguido los penachos.

Man. No temas.

Leo. Qué van á hacer contigo? Huye, huye por Dios.

Man. Si fueran mis soldados...

Leo. Vete; se acercan... no los ves? es el conde!

Man. Don Nuño! es verdad... gran Dios! y he de perderle? *(Se oye tocar á rebato.)*

Leo. Escuchas?

Man. Sí, esta es la señal.

Dentro. Traicion, traicion.

Man. Estamos libres. *(Desenvainando la espada.)*

Dentro. Traicion!

Leo. Qué haces?

ESCENA VIII.

En este momento salen por la izquierda DON NUÑO , DON GUILLEN, DON LOPE y SOLDADOS con luces , y por la derecha RUIZ y varios SOLDADOS que se colocan al lado de DON MANRIQUE: éste defenderá á LEONOR ocultándose entre los suyos y peleando con DON GUILLEN y DON NUÑO: entre tanto no cesarán de tocar á rebato.

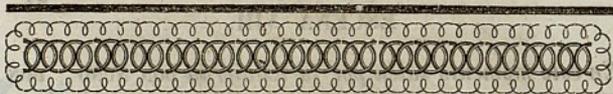
Man. Aquí, mis valientes.

Nuño. El es.

Gui. Traidor.

Leo. Piedad, piedad!

FIN DE LA JORNADA TERCERA.



Jornada cuarta.

LA REVELACION.

www

El teatro representa un campamento con varias tiendas: algunos soldados se pasean por el fondo.

ESCENA PRIMERA.

DON NUÑO. DON GUILLEN. JIMENO. J

- Nuño.* Bien venido, don Guillen :
ya cuidadoso esperaba
vuestra vuelta... Qué habeis visto?
- Gui.* Como mandásteis al alba
salí á explorar todo el campo
y me interné en la montaña.
- Nuño.* No encontrásteis los rebeldes?
- Gui.* Encerrados nos aguardan
en Castellar.
- Nuño.* Nos esperan!
- Gui.* A tanto llega su audacia.
- Nuño.* Sabéis si está don Manrique?
- Gui.* Don Manrique es quien los manda.
- Nuño.* Albricias, don Guillen; hoy
recobraréis vuestra hermana.
- Gui.* No sabéis cuál lo deseo,
por lavar la torpe mancha
que esa pérfida ha estampado
en el blason de mis armas.

- Nuño. alli con su seductor...
 no quiero pensarlo... infamia
 inaudita! y está allí...
 y yo no voy á arrancarla
 con el corazon villano
 el torpe amor que la abraza?
 Gui. Sosegaos.
 Nuño. No, no sosiega
 el que asi de su prosapia
 ve el blason envilecido...
 Gui. Honrado nací en mi casa,
 y á la tumba de mis padres
 bajará mi honor sin mancha.
 Nuño. Sin mancha, yo os lo prometo.
 Gui. El traidor! que se escapara
 la noche que en Zaragoza
 entre el rumor de las armas
 la arrancó del claustro!
 Nuño. En vano
 perseguirle procuraba:
 se me ocultó entre los suyos...
 Gui. Que bien pagaron su audacia.
 Nuño. Que levanten esas tiendas
 para ponernos en marcha
 al instante... nos esperan!
 Gui. Tienen mucha gente?
 Nuño. Basta
 para guardar el castillo
 la que he visto... y bien armada.
 Catalanes son los mas,
 y toda gente lozana.
 Nuño. No importa: de Zaragoza
 hoy nos llegaron cien lanzas
 y seiscientos ballesteros
 que nos hacian gran falta.
 No se escaparán, si Dios
 quiere ayudar nuestra causa.
 Qué ruido es ese?
 (Se oye dentro rumor y algazara.)

ESGENA II.

LOS MISMOS. GUZMAN.

Guz. Señor?

Nuño. Qué motiva esa algazara?
Qué traeis?

Guz. Vuestros soldados
que por el campo rondaban
han preso á una bruja.

Nuño. Qué?

Guz. Si señor, á una gitana.

Nuño. Por qué motivo?

Guz. Sospechan,
al ver que de huir trataba
cuando la vieron, que venga
á espiar.

Nuño. Y por qué arman
ese alboroto? qué es eso? (*Mirando á dentro.*)

Gui. No veis como la maltratan?

Nuño. Traédmela, y que ninguno
sea atrevido á tocarla.

ESGENA III.

LOS MISMOS. LA AZUCENA *conducida por SOLDADOS y con las
manos atadas.*

Azu. Defendedme de esos hombres
que sin compasion me matan...
defendedme.

Nuño. Nada temas:
nadie te ofende.

Azu. Qué causa
he dado para que asi
me maltraten?

Gui. Desgraciada!

Nuño. Adónde ibas?

Azu. No sé...
por el mundo: una gitana
por todas partes camina,
y todo el mundo es su casa.

- Nuño.* No estuviste en Aragón
nunca?
- Azu.* Jamas.
- Jimeno.* Esa cara!
- Nuño.* Vienes de Castilla?
- Azu.* No;
vengo, señor, de Vizcaya,
que la luz primera vi
en sus áridas montañas.
Por largo tiempo he vivido
en sus crestas elevadas,
donde pobre y miserable
por dichosa me juzgaba.
Un hijo solo tenia,
y me dejó abandonada:
voy por el mundo á buscarle,
que no tengo otra esperanza.
Y le quiero tanto! él es
el consuelo de mi alma,
señor, y el único apoyo
de mi vejez desdichada.
Ay! Si... Dejadme, por Dios,
que á buscar á mi hijo vaya,
y á esos hombres tan crueles
decid que mal no me hagan.
- Guz.* Me hace sospechar, don Nuño.
- Nuño.* Teme, muger, si me engañas.
- Azu.* Quereis que os lo jure?
- Nuño.* No;
mas ten cuenta que te habla
el conde de Luna.
- Azu.* Vos! (*Sobresaltada.*)
Sois vos? (*Gran Dios!*)
- Jimeno.* Esa cara!
esa turbacion...
- Azu.* Dejadme...
permitidme que me vaya...
- Jimeno.* Irte...? Don Nuño, prendedla.
- Azu.* Por piedad no... Qué! no bastan
los golpes de esos impios,
que de dolor me traspasan?
- Nuño.* Que la suelten.

- Jimeno.* No, don Nuño.
- Nuño.* Está loca.
- Jimeno.* Esa gitana
es la misma que á don Juan
vuestro hermano...
- Nuño.* Qué oigo!
- Azu.* Calla!
no se lo digas, cruel,
que si lo sabe me mata.
- Nuño.* Atadla bien.
- Azu.* Por favor,
que esas cuerdas me quebrantan
las manos... Manrique, hijo,
ven á libramme.
- Gui.* Qué habla?
- Azu.* Ven, que llevan á morir
á tu madre.
- Nuño.* Tú, inhumana,
tú fuiste!
- Azu.* No me hagais mal,
ós lo pido arrodillada...
tened compasion de mí.
- Nuño.* Llevadla de aqui... apartadla
de mi vista.
- Azu.* No fui yo;
ved, don Nuño, que os engañan.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, *menos LA AZUCENA y SOLDADOS.*

- Nuño.* Tomad, don Lope, cien hombres,
y á Zaragoza llevadla:
vos de ella me respondeis
con vuestra cabeza.
- Gui.* Marcha
el campo?
- Nuño.* Sí, á Castellar.
Es hijo de una gitana...!
No lo oisteis, don Guillen,
que á Manrique demandaba?
- Gui.* Sí, sí...

Nuño. Pronto á Castellar,
que esta tardanza me mata...
Yo os prometo no dejar
una piedra en sus murallas.



ESCENA V.

Habitacion de Leonor en la torre de Castellar, con dos puertas laterales.

LEONOR. RUIZ.

Ruiz. Qué mandarme teneis?

Leo. Y don Manrique?

Ruiz. Ann reposando está.

(*Leonor hace una seña , y se retira Ruiz.*)

Leo.

Duerme tranquilo
mientras rugiendo atroz sobre tu frente
rueda la tempestad, mientras llorosa
tu amante criminal tiembla azorada.
Cuál es mi suerte? Ó Dios! Por qué tus aras
ilusa abandoné? La paz dichosa
que alli bajo las bóvedas sombrías
feliz gozaba tu perjura esposa...
Esposa yo de Dios? no puedo serlo;
jamás, nunca lo fui... tengo un amante
que me adora sin fin, y yo le adoro,
que no puedo olvidar solo un instante.
Ya con eternos vínculos el crimen
á su suerte me unió... nudo funesto,
nudo de maldicion que allá en su trono
enojado maldice un Dios terrible.

ESCENA VI.

LEONOR. MANRIQUE.

Leo. Manrique! eres tú?

Man. Si, Leonor querida.

Leo. Qué tienes?

Man. Yo no sé...

Leo.

Por qué temblando

tu mano está? qué sientes?

Man. Nada, nada.

Leo. En vano me lo ocultas.

Man. Nada siento.

Estoy bueno... Qué dices? que temblaba mi mano...? no... ilusion... nunca he temblado. Ves cómo estoy tranquilo?

Leo. De otra suerte

me mirabas ayer... tu calma fria es la horrorosa calma de la muerte.

Pero qué causa, dime, tus pesares?

Man. Quieres que te lo diga?

Leo. Sí, lo quiero.

Man. Ningún temor real, nada que pueda hacerte á tí infeliz ni entristecerte causa mi turbacion... mi madre un día me contó cierta historia, triste, horrible, que no puedes saber, y desde entonces como un espectro me persigue eterna una imagen atroz... no lo creyeras, y á contártelo yo te estremecieras.

Leo. Pero...

Man. No temas, no; tan solo ha sido un sueño, una ilusion, pero horrorosa... un sudor frio aun por mi frente corre.

Sonaba yo que en silenciosa noche cerca de la laguna que el pie besa del alto Castellar contigo estaba.

Todo en calma yacia; algún gemido melancólico y triste

solo llegaba lúgubre á mi oido.

Trémulo como el viento en la laguna triste brillaba el resplandor siniestro de amarillenta luna.

Sentado alli en su orilla y á tu lado pulsaba yo el laud, y en dulce trova tu belleza y mi amor tierno cantaba, y en triste melodía

el viento que en las aguas murmuraba mi canto y tus suspiros repetia.

Mas súbito azaroso, de las aguas entre el turbio vapor, cruzó luciente

relámpago de luz que hirió un instante
 con brillo melancólico tu frente.
 Yo vi un espectro que en la opuesta orilla
 como ilusion fantástica vagaba
 con paso misterioso,
 y un quejido lanzando lastimoso
 que el nocturno silencio interrumpia;
 ya triste nos miraba,
 ya con rostro infernal se sonreia.
 De pronto el huracan cien y cien truenos
 retumbando sacude,
 y mil rayos cruzaron,
 y el suelo y las montañas
 á su estampido horrisono temblaron.
 Y envuelta en humo la feroz fantasma
 huyó, los brazos hácia mí tendiendo:
 Vengame! dijo, y se lanzó á las nubes:
 Vengame! por los aires repitiendo.
 Frio con el pavor tendí mis brazos
 adonde estabas tú... tú ya no estabas,
 y solo hallé á mi lado
 un esqueleto, y al tocarle osado
 en polvo se deshizo, que violento
 llevóse al punto retronando el viento.
 Yo desperté azorado; mi cabeza
 hecha estaba un volcan, turbios mis ojos;
 mas logro verte al fin, tierna, apacible,
 y tu sonrisa calma mis enojos.

Leo. Y un sueño solamente
 te atemoriza así?

Man. No, ya no tiemblo,
 ya todo lo olvidé... mira, esta noche
 partiremos al fin de este castillo...
 no quiero estar aquí.

Leo. Temes acaso...

Man. Tiemblo perderte: numerosa hueste
 del rey usurpador viene á sitiarnos,
 y este castillo es débil con extremo;
 nada temo por mí, mas por tí temo.

ESCENA VII.

LOS MISMOS. RUIZ.

Man. Qué me vienes á anunciar?

Ruiz. Señor, ya el conde marchando
con la gente de su bando
se dirige á Castellar.

Todo lo lleva á cuchillo
y por los montes avanza,
sin duda con la esperanza
de poner cerco al castillo.

Man. No osarán, que son traidores,
y es cobarde la traicion.

Ruiz. Estas las noticias son
que traen nuestros corredores.
Demas por lo que advirtieron,
añaden que esta mañana
han cogido una gitana
que venir hácia acá vieron.

Man. Una gitana...? y quién era?

Ruiz. Quien puede saberlo... pues...
Man. Cielos!

Ruiz. Vieja dicen que es,
con sus puntas de hechicera.

Man. (Es ella... y podré salvarla...?)

Avisa que á partir vamos...
ármense todos... (corramos
á lo menos á vengarla.)

Leo. Qué dices...? partir...

Man. Si, si...
qué te detienes?

Ruiz. Señor...

Man. Pronto, ó teme mi furor,

Leo. Y me dejarás aquí?

ESCENA VIII.

MANRIQUE. LEONOR.

Man. Un secreto, Leonor...

se que vas á despreciarme;
ya era tiempo... esa gitana,
Leo. esa, Leonor, es mi madre.
Man. Tu madre!

Man. Lloro si quieres,
maldiceme porque infame
uni tu orgullosa cuna
con mi cuna miserable.
Pero déjame que vaya
á salvarla si no es tarde;
si ha muerto, la vengaré
de su asesino cobarde.

Leo. Eso me faltaba...!
Man. Sí; yo
yo no debía engañarte
por mas tiempo... vete, vete:
soy un hombre despreciable.

Leo. Nunca para mi,
Man. Eres noble;
y yo, quién soy? ya lo sabes.

Leo. Vete á encerrar con tu orgullo
bajo el techo de tus padres.
Con mi orgullo! tú te gozas,
cruel, en atormentarme.
Ten piedad...

Man. Pero soy libre
y fuerte para vengarme...
y me vengaré... lo dudas?

Leo. Si necesitas mi sangre
aquí la tienes.

Man. Leonor!
qué desgraciada en amarme
has sido! Por qué, infeliz,
mis amores escuchaste?
Y no me aborreces?

Leo. No.

Man. Sabes que presa mi madre
espera tal vez la muerte?
Venganza infame y cobarde!
qué espero yo...

Leo. Ven... no vayas...
mira, el corazon me late

y fatídico me anuncia
tu muerte.

Man.

Llanto cobarde!
Por una madre morir,
Leonor, es muerte envidiable.

Leo.

Quisieras tú que temblando
viera derramar su sangre,
ó si salvarla pudiera
por salvarla no lidiase?

Pues bien, iré yo contigo;
allí correré á abrazarte
entre el horror y el estruendo
del fratricida combate.
Yo opondré mi pecho al hierro
que tu vida amenazare:
sí, y á falta de otro muro,
muro será mi cadáver.

Man.

Ahora te conozco, ahora
te quiero mas.

Leo.

Si tú partes
iré contigo; la muerte
á tu lado ha de encontrarme.

Man.

Venir tú... no; en el castillo
queda custodia bastante
para tí... escuchas? á Dios.

(Suenan un clarín.)

El clarín llama al combate.
Un momento...

Leo.

Ya no puedo
detenerme ni un instante.

Man.

Leonor

clarín

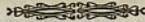
ESCENA IX.

LEONOR.

Manrique, espera... Partió
sin escucharme... inhumano!
por qué con delirio insano
mi corazón le adoró?
Y es este tu amor? ay! ven...
no burles así tu suerte,



Jornada quinta.



EL SUPPLICIO.



Inmediaciones de Zaragoza: á la izquierda vista de uno de los muros del palacio de la Aljafería, con una ventana cerrada con una fuerte reja.

ESCENA PRIMERA.

LEONOR. RUIZ.

- Ruiz.* Ya estamos en Zaragoza
y es bien entrada la noche:
nadie conoceros puede.
- Leo.* Ruiz, no es esta la torre
de la Aljafería?
- Ruiz.* Sí.
- Leo.* Estan aqui las prisiones?
- Ruiz.* Ahí se suelen custodiar
los que á su rey son traidores.
- Leo.* Trajiste lo que te dije?
- Ruiz.* Aqui está (1): por un jarope
que no vale seis cornados...
- Leo.* El precio nada te importe.
Toma esa cadena tú.
- Ruiz.* Judío al fin.
- Leo.* No te enojos.

(1) Saca un pomo de plata, que entrega á Leonor.

Ruiz. Diez maravedis de plata
me llevó el Iscariote.

Leo. Vete, Ruiz.

Ruiz. Os quedais
sola aqui? no, que me ahorquen
primero...

Leo. Quiero estar sola.

Ruiz. Si os empeñais... buenas noches.

ESCENA II.

LEONOR.

Esa es la torre; allí está,
y maldiciendo su suerte
espera triste la inuerte
que no está lejos quizá.
Esas murallas sombrías,
esas rejas y esas puertas
al féretro solo abiertas,
verán tus últimos días!
Por qué tan ciega le amé?
Infeliz! por qué, Dios mío,
con amante desvario
mi vida le consagré?
Mi amor te perdió, mi amor...
yo mi cariño maldigo,
pero moriré contigo
con veneno abrasador.
Si me quisiera escuchar
el conde...! si yo lograra
librarte así, qué importara...?
Sí, voy tu vida á salvar.
A salvarte... no te asombre
si hoy olvido mi desden.

Dentro una voz. Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

Leo. Ese lúgubre clamor...

ó tal vez lo escuché mal?

No, no... ya el hora fatal

ha llegado, trovador!

Manrique, partamos ya,

~~Dentro.~~ no perdamos un instante.

~~Leo.~~ Ay!

Esa voz penetrante...

Si no fuera tiempo ya!

(Al querer partir se oye tocar un laud; un momento despues canta dentro Manrique.)

~~Prologo~~
Despacio viene la muerte,
que está sorda á mi clamor:
para quien morir desea
despacio viene, por Dios.

Ay! á Dios, Leonor,

Leonor.

Leo.

Él es; y desea morir

cuando su vida es mi vida!

Si así me viera afligida

por él al cielo pedir!

~~Dentro Man.~~

No llores si á saber llegas

que me matan por traidor,

que el amarte es mi delito,

y en el amar no hay baldon.

Ay! á Dios, Leonor,

Leonor.

Leo.

Que no llore yo, cruel!

No sabe cuánto le quiero.

Que no llore, cuando muero

en mi juventud por él!

Si á esa reja te asomaras

y á Leonor vieras aquí,

tuvieras piedad de mí

y de mi amor no dudarás.

Aquí te buscan mis ojos,

á la luz de las estrellas,

y oigo á par de tus querellas

el rumor de los cerrojos.

Y oigo en tu labio mi nombre

con mil suspiros también.

Dentro la voz. Hagan bien para hacer bien
por el alma de este hombre.

Leo. No, no morirás; yo iré
 á salvarte: del tirano
 feroz la sangrienta mano
 con mi llanto bañaré.
 Temes? Leonor te responde
 de su cariño y virtud.
 Aun dudas con inquietud? (*Apura el pomo.*)
 Ya no puedo ser del conde.

ESCENA III.

Cámara del conde de Luna: éste estará sentado cerca de una
 mesa, y don Guillen á su lado de pie.

DON NUÑO. DON GUILLEN.

Nuño. Visteis, don Guillen, al reo?
Gui. Dispuesto á morir está.
Nuño. Don Lope...?
Gui. Presto vendrá.
Nuño. Que al punto llegue deseo.
 No quiero que se dilate
 el suplicio ni un momento;
 cada instante es un tormento
 que mi impaciencia combate.
Gui. Le avisaré?
Nuño. No, esperad...
 Tardar no puede en venir.
 Para ayudarle á morir
 á un religioso avisad.
 Y despachaos con presteza:
 El hijo de una gitana!
Gui. Cierto, diligencia es vana.
Nuño. Mas no dais cuenta á su alteza?
Gui. Para qué? Ocupado está
 en la guerra de Valencia.
Nuño. Si no aprueba la sentencia...
Gui. Yo sé que la aprobará.
Nuño. Para aterrar la traicion
 puse en mi mano la ley...
 mientras aqui no esté el rey
 yo soy el rey de Aragon.

- Mas... vuestra hermana?
Gui. Yo mismo
 nada de su suerte sé;
 pero encontrarla sabré
 aunque la oculte el abismo.
 Entonces su torpe amor
 lavará con sangre impura...
 Solo así el honor se cura,
 y es muy sagrado el honor.
- Nuño.* Ni tanto rigor es bien
 emplear.
- Gui.* Mi ilustre cuna...
Nuño. Si algo apreciáis al de Luna,
 no la ofendais, don Guillen.
- Gui.* Teneis algo que mandar?
Nuño. Dejadme solo un instante.

ESCENA IV.

DON NUÑO. *Despues* DON LOPE.

- Nuño.* Leonor, al fin en tu amante
 tu desden voy á vengar.
 Al fin en su sangre impura
 á saciar voy mi rencor:
 tambien yo puedo, Leonor,
 gozarme en tu desventura.
 Fatal tu hermosura ha sido
 para mí, pero fatal
 tambien será á mi rival,
 á ese rival tan querido.
 Tú lo quisiste; por él
 mi ternura despreciaste...
 Por qué, Leonor, no me amaste?
 yo no fuera tan cruel.
 Angel hermoso de amor,
 yo como á un Dios te adoraba,
 y tus caricias gozaba
 un oscuro trovador.
 Harto la suerte envidié
 de un rival afortunado:
 harto tiempo despreciado

su ventura contemplé.
 Ah! perdonarle quisiera...
 no soy tan perverso yo.
 Pero es mi rival... no, no...
 es necesario que muera.
 Vuestras órdenes, señor,
 se han cumplido; el reo espera
 su sentencia.

Niño. Y bien, que muera,
 pues á su rey fue traidor.
 A qué aguardais?

Lope. Si asi os plugo...

Niño. No fue perjuro á la ley
 y rebelde con su rey?
 Pues bien, qué espera el verdugo?
 Esta noche ha de morir.

Lope. Esta noche? pobre mozo!

Niño. Junto al mismo calabozo...
 entendeis?

Lope. No hay mas decir.

Niño. La bruja...?

Lope. Con él está
 en su misma prision.

Niño. Bien.

Lope. Pero ha de morir?

Niño. Tambien.

Lope. De qué muerte morirá?

Niño. Como su madre, en la hoguera.

Lope. Por último confesó

que á vuestro hermano mató?

Maldiga Dios la hechicera.

Niño. Molesto, donLope, estais...

idos ya.

Lope. Señor, si pude

ofenderos...

Niño. No lo dude.

Lope. Mi deber...

Niño. Es que os vayais.

(Hace don Lope que se va, y vuelve.)

Lope. Perdonad; se me olvidaba

con la maldita hechicera.

Niño. Don Lope!

Lope.

Señor, ahí fuera

una dama os aguardaba.

Nuño.

Y qué objeto aquí la trae?

Dice quién es?

Lope.

Encubierta

llegó, señor, á la puerta
que al campo de Toro cae.

Nuño.

Que entre, pues: vos despejad.

Lope.

El conde, señora, espera.

Nuño.

Vos os podeis quedar fuera,
y hasta que os llame aguardad.

ESCENA V.

DON NUÑO. LEONOR.

Leo.

Me conocéis? (*Descubriéndose.*)

Nuño.

Desgraciada!

Leo.

Qué buskais, Leonor, aquí?

Nuño.

Me conocéis, conde?

Si,

por mi mal, desventurada,
por mi mal te conocí.

A qué viniste, Leonor?

Leo.

Conde, dudarle quereis?

Nuño.

Todavía el trovador...!

Leo.

Sé que todo lo podeis,
y que pelagra mi amor.

Duélaos, don Nuño, mi mal.

Nuño.

A eso vinistes, ingrata,
á implorar por un rival?

por un rival! insensata!

mal conoces al de Artal.

No, cuando en mis manos veo

la venganza apetecida,

cuando su sangre deseo...

imposible...

Leo.

No lo creo.

Nuño.

Si, creedlo por mi vida.

Largo tiempo tambien yo

abhorrecido imploré

á quien mis ruegos no oyó,

- y de mi afan se burló ;
no pienses que lo olvidé.
- Leo.* Ah! conde, conde, piedad. (*Arrodillándose.*)
Nuño. La tuviste tú de mi?
Leo. Por todo un Dios.
- Nuño.* Apartad.
Leo. No, no me muevo de aquí.
Nuño. Pronto, Leonor, acabad.
Leo. Bien sabeis cuánto le amé ;
mi pasión no se os esconde...
Nuño. Leonor!
Leo. Qué he dicho? no sé,
no sé lo que he dicho, conde :
quereis...? le aborreceré.
Aborrecerle! Dios mio!
y aun amaros á vos, si,
amaros con desvario
os prometo... amor impio,
digno de vos y de mi!
- Nuño.* Es tarde, es tarde, Leonor.
Y yo perdonar pudiera
á tu infame seductor,
al hijo de una hechicera?
- Leo.* No os apiada mi dolor?
Nuño. Apiadarme! mas y mas
me irrita, Leonor, tu lloro,
que por él vertiendo estás :
no lo negaré, aun te adoro,
mas perdonarle? jamas.
Esta noche, en el momento...
nada de piedad.
- Leo.* (*Con ternura.*) Cruel!
Cuando en amarte consiento!
- Nuño.* Qué me importa tu tormento,
si es por él, solo por él?
- Leo.* Por él, don Nuño, es verdad;
por él con loca impiedad
el altar he profanado.
Y yo, insensata, le he amado
con tan ciega liviandad!
- Nuño.* Un hombre oscuro...
Leo. Si, si...

- nunca mereció mi amor.
- Nuño.* Un soldado, un trovador...
- Leo.* Yo nunca os aborrecí.
- Nuño.* Qué quieres de mí, Leonor?
Por qué mi pasión enciendes,
que ya entibiándose va?
Di que engañarme pretendes,
dime que de un Dios dependes,
y amarme no puedes ya.
- Leo.* Qué importa, conde? no fui
mil y mil veces perjura?
Qué importa, si ya vendí
de un amante la ternura,
que á Dios olvide por tí?
- Nuño.* Me lo juras?
- Leo.* Partiremos
lejos, lejos de Aragon,
do felices viviremos,
y siempre nos amaremos
con acendrada pasión.
- Nuño.* Leonor... delicia inmortal!
- Leo.* Y tú en premio á mi ternura...
- Nuño.* Cuanto quieras.
- Leo.* Oh ventura!
- Nuño.* Corre, dile que el de Artal
su libertad le asegura,
pero que huya de Aragon;
que no vuelva, lo has oído?
- Leo.* Sí, sí...
- Nuño.* Dile que atrevido
no persista en su traicion,
que tu amor ponga en olvido.
- Leo.* Sí... lo diré... (Dios eterno!
tu nombre bendeciré.)
- Nuño.* Cuidad, que os observaré.
- Leo.* (Ya no me aterra el infierno,
pues que su vida salvé.)

Calabozo oscuro con una ventana con reja á la izquierda y una puerta en el mismo lado; otra ventana alta en el fondo cerrada. Debajo de la ventana, y en un escaño, estará recostada LA AZUCENA: en el lado opuesto MANRIQUE sentado.

Man. Dormis, madre mia?

Azu. No... bastante lo he deseado; pero el sueño huye de mis ojos.

Man. Teneis frio tal vez?

Azu. No... te he oido suspirar á menudo... ven aqui... qué tienes? por qué no me confias todos tus padecimientos? por qué no los depositas en el seno de una madre? Porque yo soy tu madre, y te quiero como á mi vida.

Man. Mis padecimientos!

Azu. He orado por tí toda la noche; es lo único que puedo hacer ya.

Man. Descansad un momento.

Azu. Yo quisiera escaparme de aqui, porque me sofoca el aire que aqui respiro... porque van á matarme. Pero tú me defenderás, tú no consentirás que te roben á tu madre.

Man. Gran Dios!

Azu. Pero estoy afligiéndote, es verdad?

Man. No; decid, decid lo que queráis.

Azu. Tú no podrás socorrerme; vendrán muchos contra tí, y tus fuerzas se agotarán; pero no temas por mí, yo estoy libre de su furor.

Man. Vos?

Azu. Sí; los tiranos no mandan sobre el sepulcro, ni el verdugo puede martirizar una carne que no siente. Acércate... mira esta frente pálida; no está pintada en ella la muerte?

Man. Qué decís?

Azu. Sí, desde esta mañana he sentido que me abandonaban las fuerzas, que mis miembros se torcian: un velo de sangre ha ofuscado mas de una vez mis ojos, y un zumbido espantoso ha resonado continuamente en mis oidos... se me figuraba que oía el llamamiento

á la eternidad... la eternidad! y ya voy á salir de esta vida con el alma emponzoñada...

Man. Por favor...

Azu. Y van á matarme...

Man. A mataros? y por qué? porque sois mi madre, y yo soy la causa de vuestra muerte! madre mia, perdon!

Azu. No temas: á qué llorar por mi? no, no tendrán el placer de tostarme como á mi madre: siento que mi vida se acaba por instantes, pero quisiera morir pronto. No es verdad que se llenarán de rabia cuando vengan á buscar una victima y encuentren un cadáver, menos que un cadáver... un esqueleto? Ja... ja... ja...! Quisiera yo verlo para gozarme en su desesperacion. Cuando vean mis ojos quebrados, cuando toquen mi mano seca y fria como el marmol...

Man. No me atormentéis, por piedad.

Azu. Oyes? oyes ese ruido? mátame... pronto, para que no me lleven á la hoguera. Sabes tú qué tormento es el fuego?

Man. Y tendrán valor...

Azu. Si; lo tuvieron para mi madre: debe ser horroso ese tormento... la hoguera! no sé qué tiene de feroz esa palabra, que me hiela... la hoguera! y siempre la tengo delante, y siempre con sus llamas que queman, que quitan la vida con desesperados tormentos.

Man. No mas, no mas.

Azu. Me acuerdo de cuando achicharraron á tu abuela; iba cubierta de harapos, sus cabellos, negros como las alas del cuervo, ocultaban casi enteramente su cara: yo, tendida en el suelo, arañando frenética mi rostro, habia apartado mis ojos de aquel espectáculo, que no podia soportar; pero mi madre me llamó, y yo corri hasta los pies del cadalso... los verdugos me rechazaron con aspereza, no me dejaron darla siquiera un beso, y la metieron en el fuego... Todavía retiembla en mi oido el acento de aquel grito desesperado que le arrancó el dolor... debe ser horrible, precisamente horrible, ese suplicio: aquel grito desentonado espresaba todos los tormentos de su cuerpo, y los verdugos se reían de su visages, porque la llama habia quemado sus cabellos, y sus facciones con-

traidas, convulsas, y sus ojos desencajados, daban á su rostro una espresion infernal... Y esto les hacia reir...!

Man. No podeis olvidar todo eso? Por qué no procurais descansar?

Azu. Sí, eso queria, pero... y la hoguera? y si durmiendo me llevan á la hoguera?

Man. No, no vendrán.

Azu. Me lo prometes tú?

Man. Os lo ofrezco, madre mia: podeis reposar un momento.

Azu. Tengo mucha necesidad de dormir. He estado despierta tanto tiempo! Dormiré, y luego nos iremos: qué razon hay para que no nos dejen ir? cuando sea de dia... pero aqui no se sabe cuándo es de dia... aunque sea de noche, á cualquiera hora, si, porque quiero respirar; aqui me ahogo.

Man. (Qué tormento!)

Azu. Y correremos por la montaña, y tú cantarás mientras yo estaré durmiendo sin temor á esos verdugos, ni á ese suplicio de fuego.

Man. Descansad.

Azu. Voy... pero calla... calla... (*Se queda dormida: un momento de silencio.*)

Man. Duerme, duerme, madre mia, mientras yo te guardo el sueño, y un prvenir mas risueño durmiendo allá te sonria. Al menos, ay! mientras dura tu sueño, no acongojado veré tu rostro bañado con lágrimas de amargura.

ESCENA VII.

MANRIQUE. LEONOR. AZUCENA.

Leo. Manrique!

Man. No es ilusion!
eres tú?

Leo. Yo, sí... yo soy:
á tu lado al fin estoy

- para calmar tu afliccion.
- Man.* Si, tú sola mi delirio
puedes, hermosa, calmar:
ven, Leonor, á consolar
amorosa mi martirio.
- Leo.* No pierdas tiempo, por Dios...
- Man.* Siéntate á mi lado, ven.
Debes tú morir tambien?
muramos juntos los dos.
- Leo.* No, que en libertad estás.
- Man.* En libertad?
- Leo.* Sí, ya el conde...
- Man.* Don Nuño, Leonor? responde,
responde... cielo! esto mas?
Tú á implorar por mi perdon
del tirano á los pies fuiste...!
Quizá tambien le vendiste
mi amor y tu corazon.
No quiero la libertad
á tanta costa comprada.
- Leo.* Tu vida...
- Man.* Qué importa? nada...
quitamela, por piedad;
clava en mi pecho un puñal
antes que verte perjura,
llena de amor y ternura
en los brazos de un rival.
La vida! es algo la vida?
un doble martirio, un yugo...
llama, que venga el verdugo
con el hacha enrojecida.
- Leo.* Qué debí hacer? si supieras
lo que he sufrido por tí
no me insultaras así,
y á mas me compadecieras.
Pero huye, vete, por Dios,
y bástete ya saber
que suya no puedo ser.
- Man.* Pues bien, partamos los dos:
mi madre tambien vendrá.
- Leo.* Tú solamente.
- Man.* No, no.

Leo. Pronto, vete.

Man. Solo yo!

Leo. Que nos observan quizá.

Man. Qué importa? aquí moriré,
meriremos, madre mia!
tú sola no fuiste impia
de un hijo tierno á la fé.

Leo. Manrique!

Man. Ya no hay amor
en el mundo, no hay virtud.

Leo. Qué te dice mi inquietud?

Man. Tarde conocí mi error.

Leo. Si vieras cuál se estremece
mi corazón! Por qué, di,
obstinarte? hazlo por mí,
por lo que tu amor padece.
Leo. Sí, este momento quizá...
no ves cuál tiemblo? quisiera
ocultarlo si pudiera;

pero no, no es tiempo ya.

Bien sé que voy tu aflicción
á aumentar, pero ya es hora
de que sepas cuál te adora
la que acusas sin razón.

Aborréceme, es mi suerte;
maldíceme si te agrada,
mas toca mi frente helada
con el hielo de la muerte.

Tócala, y si hay en tu seno
un resto de compasión,
alivia mi corazón,

que abrasa un voraz veneno.

Man. Un veneno... y es verdad?

y yo ingrato la ofendí
cuando muriendo por mí...
un veneno...

Leo. Por piedad,
ven aquí por compasión
á consolar mi agonía:

no sabes que te quería
con todo mi corazón?

Man. Me matas.

64
Leo.

Manrique, aquí,
aquí me siento abrasar.
Ay! ay! quisiera llorar,
y no hay lágrimas en mí.
Ay juventud malograda
por tiranos perseguida!
perder tan pronto una vida
para amarte consagrada!

(Se ve brillar un momento el resplandor de una luz en la ventana de la izquierda.)

Mira, Manrique, esa luz...
vienen á buscarte ya:
no te apartes, ven acá,
por el que murió en la cruz!

Man.

Que vengan... ya entregaré
mi cuello sin resistir:
lo quiero, anhelo morir...
muy pronto te seguiré.

Leo.

Ay! acércate...

Man.

Amor mio...!!

Leo.

Me muero, me muero ya
sin remedio; dónde está
tu mano?

Man.

Qué horrible frío!

Leo.

Para siempre... ya...

Man.

Leonor!

Leo.

A Dios...! á Di... os...!

(Espira: un momento de pausa.)

Man.

La he perdido!

Ese lúgubre gemido...!

es el último de amor.

Silencio, silencio; ya

viene el verdugo por mí...

allí está el cadalso, allí,

y Leonor aquí está.

Corta es la distancia, vamos,

que ya el suplicio me espera.

(Tropieza con la Azucena.)

Quién estaba aquí? quién era?

Azu.

Es hora de que partamos? *(Entre sueños.)*

Man.

A morir? dispuesto estoy...

Mas no, esperad un instante:

á contemplar su semblante,
 á adorarla otra vez voy.
 Aquí está... dadme el laud;
 en trova triste y llorosa,
 en endecha lastimosa
 os contaré su virtud.
 Una corona de flores
 dadme tambien: en su frente
 será aureola luciente,
 será diadema de amores.
 Dadme, veréisla brillar
 en su frente hermosa y pura;
 mas llorad su desventura
 como á mi me veis llorar.
 Qué funesto resplandor!
 tan pronto vienen por mí?
 el verdugo es aquel... si:
 tiene el rostro de traidor.

ESCENA VIII.

Los de la escena anterior. DON NUÑO, DON GUILLEN, DON LOPE, y SOLDADOS con luces.

Nuño. Leonor?

Man.

Quién la llama? por qué vienen
 á apartarla de mí? la desdichada
 ya á nadie puede amar. Si yo pudiera
 ocultarla á sus ojos!

(La cybre con su ferreruelo, que tendrá al lado.)

Nuño.

Man.

Leonor?
 Calla...
 No turbes el silencio de la muerte.

Nuño.

Man.

Dónde está Leonor?
 Dónde? aqui estaba.
 Venís á arrebatármela en la tumba?

Nuño.

Man.

Ha muerto?
 Si... ya ha muerto.
(Descubriendo el rostro pálido de Leonor.)

Gui.

Man.

Quién... mi hermana!
 Ya no palpita el corazon; sus ojos
 ha cerrado la muerte despiadada.

Apartad esas luces; mi amargura
piadosos respetad... no me acordaba...

(A don Nuño.)

Sí, tú eres el verdugo! acaso buscas
una víctima... ven... ya preparada
para la muerte está.

Nuño. Llevadle al punto,
llevadle, digo, y su cabeza caiga.

(Varios soldados rodean á Manrique.)

Man. Muy pronto, si...

Nuño. Marchad...

Man.

Qué miro! vamos...

(Reparando en la Azucena.)

No le digais, por Dios; á la cuitada
que va su hijo á morir... madre infelice!
Hasta la tumba, á Dios... (Al salir.)

ESCENA IX.

LOS MISMOS, menos MANRIQUE.

Azu. (Incorporándose.) Quién me llamaba?
Él era, él era; ingrato! se ha marchado
sin llevarme también.

Nuño. Desventurada!
Conoce al fin tu suerte.

Azu. El hijo mio!

Nuño. Ven á verle morir.

Azu. Qué dices? Calla!

Morir! morir...! no, madre, yo no puedo;
perdóname, le quiero con el alma.

Esperad, esperad...

Nuño. Llevádlas.

Azu. Conde!

Nuño. Que le mire espirar.

Azu. Una palabra,
un secreto terrible; haz que suspendan
el suplicio un momento.

Nuño. No, llevadla.

(La toma por una mano, y la arrastra hasta la ventana.)

Ven, muger infernal... goza en tu triunfo.

Mira el verdugo, y en su mano el hacha
que va pronto á caer...

(Se oye un golpe, que figura ser el de la cuchilla.)

Azu. Ay! esa sangre!

Nuño. Alumbrad á la víctima, alumbradla.

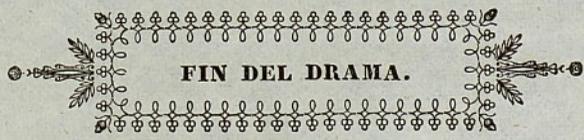
Azu. Sí, sí... luces... él es... tu hermano, imbécil!

Nuño. Mi hermano, maldicion...!

(La arroja al suelo empujándola con furor.)

Azu. Ya estás vengada.

(Con un gesto de amargura, y espira.)





... el verdugo, y en su mano el hacha
... ya pronto a caer...

... que figura ser el de la cruzada
... ¡Ay! esa sangre!

... Alumbra a la víctima, alumbra
... Si, si... ¡luzes... el castro hermano, imbecil!

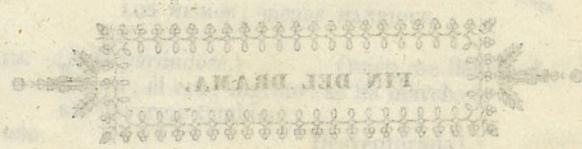
... ¡Mi hermano, mi hermano!
... (La virroja al suelo empunñada con furor)

... ¡Estas venganzas
... (Con un grito de maniqueo, y espanto)

... ¡Reparación!

... No le digas, perdidos, lo que os pasa
... ¡Hasta la muerte!

ESCENA II



... ¡Espera!

Improvisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—Intriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la juventud.—Ya murió Napoleon.

Jacobo II.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de Suavia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura de Santa Gadea.—Justicia aragonesa.

Lances de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—Loca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Luisa.—Luis oncenno.—Llueven bofetones.

Mac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Marcela, ó á cual de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—Marido de la bailarina.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale llegar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamueertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoletto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas extraordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Mentir con noble intención.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tío el jorobado.—Molinería.—Molino de Guadalajara.—Morisca de Alajuar.—Mocedades de Hernan Cortés.—Muérete y verás.—Muger de un artista.—Muger gazmoña.—Mulato.

Ni el tío ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no venga.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto.

Obrar cual noble aun con celos.—Ocasión por los cabellos.—Oliva y el laurel.—Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.

Pablo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—Padres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para untraidor un leal.—Partir á tiempo.—Paseual y Carranza.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de Patricio.—Pillarlo de Paris.—Plan de un drama.—Plan, plan.—P. una prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscrito.—Protestante.—Pruebas de amor conyugal.—Puñal del Godo.

Qué dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser cómico.—Quince años despues.

Ramillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascon.—Ribera ó la fortuna etc.—Rigor de las desdichas.—Ricardo Darlington.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la fortuna, segunda parte.

Saul.—Samuel.—Sancho Garcia.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Segunda dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Simon Bocanegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un prisionero.—Solitarios.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey Don Sancho.—Tío Marcelo.—Tío Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóojué groma.—Toros y cañas.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.

Valeria.—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Venganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Yengar con amor sus celos.—Vicente Paul, ó los espositos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafio.—Un dia de campo.—Un dia de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una muger.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tío en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tantas.—Una y no mas.—Una muger generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.

Zaida.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado:

12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina**, á 160 rs.

78 idem del **moderno español**, á 20 rs. cada uno.

40 idem del **extrangero**, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid en las librerías de GUESTA, calle Mayor, y de RIOS en la de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes:

Alicante, Ibarra. Alcoy, Marti Roig. Almeria, Alvarez. Avila, Corrales. Aviles, Garcia. Adra, Querol. Algeciras, Contilló. Astorga, Rocandio. Badajoz, Viuda de Carrillo. Baeza, Albambra. Barcelona, Piferrer y Sauri. Benavente, Fidalgo. Bilbao, Garcia. Burgos, Arnaiz y Villanueva. Cadix, Moraleda y Vidal. Cordoba, Manté. Coruña, Perez. Cuenca, Mariana. Calatayud, Larraga. Ciudad Real, Malaguilla. Ecija, Ripol. Ferrol, Tajonera. Gerona, Figaró. Granada, Zamora. Habana, Charlain. Huesca, Guillen. Huelva, Reyes Moreno. Jaen, Calle. Jerez, Bueno. Jativa, Belber. Leon, Viuda é hijo de Miñon. Lérida, Sol. Logroño, Verdejo. Lugo, Pujol. Lorca, Delgado. Málaga, Medina y Martinez Aguilar. Murcia, Gishbert. Mondoñedo, Delgado. Mahon, Vinen. Moron de la frontera, Escacena. Orense, Novoa. Oviedo, Alvarez. Osuna, Moreti. Puerto de Santa Maria, Valderrama. Palencia, Camazon. Palma, Gelabert. Pamplona, Ochoa. Plasencia, Pis. Ronda, Moreti y Lombera. Salamanca, Oliva. Santander, Riesgo. Santiago, Valle y Constanti. San Sebastian, Baroja. Sevilla, Caro Cartaya é Hidalgo. Soria, Perez Rioja. Santo Domingo de la Calzada, Regidor. San Lucar, Esper. Toledo, Hernandez. Toro, Saez. Talavera, Fando. Tarazona, Aimat. Tortosa, Miró. Tudela, Abadia. Ubeda, Gorriz. Valencia, Navarero. Valladolid, Hijos de Rodriguez. Vitoria, Ormilugue. Zamora, Escobar y Pimentel. Zaragoza, Yagüe y Ascaso.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Figaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografía, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomía de Aragón: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de D. José Zorrilla: 13 tomos que se espندن sueltos, 220.

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo, 24.

— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por don José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 12.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre: un folleto, 4.